

Preguntas no respondidas*

Joan W. Scott

Cuando presenté mi artículo "El género" a la *American Historical Review* en 1986, el título era "¿El género es una categoría útil para el análisis histórico?" Quienes editaban la revista me hicieron convertir la pregunta en una declaración porque, según dijeron, no se permitían las preguntas en los títulos de artículos. Me ajusté obedientemente a esta convención, aunque pensaba que el cambio eliminaba cierta fuerza retórica. Unos veinte años después, parece que los artículos que se prepararon para este foro responden de manera afirmativa la pregunta, y lo hacen con una rica variedad de ejemplos tomados de la bibliografía histórica reciente. Al mismo tiempo, sugieren que las preguntas sobre el género nunca quedan completamente respondidas; de hecho, quiero insistir en que el término "género" sólo es útil como pregunta.

Conforme leía los artículos no podía dejar de recordar los ceños fruncidos con que fue recibida la primera presentación del texto en un seminario del Institute for Advanced Study, en el otoño de 1985. Los historiadores de Princeton habían ido a escuchar mi ponencia —la primera como integrante recién designada del cuerpo docente del Instituto—, y, sin excepción, estaban pasmados. Con los brazos cruzados fuertemente sobre el pecho, se hacían cada vez más hacia atrás en su silla y se fueron sin decir palabra. Después unos/as colegas amistosos/as me contaron algunos de los comentarios que habían hecho esas personas. Es filosofía, no historia, señalaba Lawrence Stone a toda persona que quisiera escucharlo. Me ahorraron las reacciones más negativas, aunque eran evidentes en ese rotundo silencio. Era claro que la academia no estaba lista para el género ni para la teoría postestructuralista

* Artículo aparecido en *American Historical Review*, vol 113, núm. 5, diciembre de 2008, como parte del *AHR* Forum, Revisiting "Gender: A Useful Category of Historical Analysis". Agradecemos a la autora el permiso para su reproducción.

que me ayudó a formular mis ideas. Estaba conmocionada, pero no me acobardé, pues pensar de estas nuevas maneras era demasiado interesante como para regresar a la historia ortodoxa.

El artículo produjo una reacción completamente diferente en las reuniones de la American Historical Association en diciembre: respuestas críticas pero muy interesadas de las feministas, de quienes se dedicaban a la historia de las mujeres y del grupo creciente de simpatizantes. Estaba dando voz a algunas de las ideas y preguntas que había planteado el movimiento feminista, aunque no era yo quien las inventaba; buscaba maneras de convertir algunos temas políticos en temas históricos. El texto era una amalgama de dos tipos de influencia: una proveniente de la historia y otra de la literatura. La parte correspondiente a la historia fue producto de los primeros y maravillosos congresos de Berkshire sobre la Historia de las Mujeres en la década de 1970. Ahí escuché por primera vez que se mencionaba el género; fue en una ponencia de Natalie Zemon Davis, quien nos recordó que las "mujeres" siempre eran definidas a partir de algún tipo de relación con los hombres. Dijo que

nuestra meta es entender la importancia de los *sexos*, de los grupos de género en el pasado histórico. Nuestra meta es descubrir la gama de roles sexuales y de simbolismo sexual en distintas sociedades y periodos, para desentrañar qué significados tuvieron y cómo funcionaron para conservar el orden social o promover el cambio (1976: 90).

La parte de la literatura fue resultado del tiempo que pasé en Brown University a principios de la década de 1980, cuando trabajé con críticas feministas postestructuralistas y psicoanalíticas como Elizabeth Weed, Naomi Schor, Mary Anne Doane y Ellen Rooney, quienes me enseñaron a pensar en las operaciones productivas de la diferencia, a entender que las diferencias sexuales no las establecía la naturaleza, sino que esto se realizaba a través del lenguaje, y a analizar la lengua como un sistema volátil y mutable cuyos significados nunca podían quedar totalmente asegurados.

Me parece correcto que las autoras de los artículos del foro nos recuerden que yo no fui el origen del concepto de género, ni siquiera entre las historiadoras, sino que mi texto fue un sitio donde convergieron varias líneas de pensamiento. Desde esta perspectiva, "Joan Scott" no es una persona, sino una marca, una representante del esfuerzo colectivo del que yo (Joan Scott la persona) sólo era una parte. Quizá por eso el artículo ha perdurado: sonaba familiar incluso para quienes no estaban de acuerdo con todos sus argumentos y no tenían intención de seguir sus sugerencias. Planteó algunos términos que teníamos que debatir, algunas teorías que teníamos que abordar y, sobre

todo, captó parte del entusiasmo de esa época; era una manera de ir más allá de las ideas que se habían vuelto asfixiantes o gastadas, era un conjunto de oportunidades de conocimiento que aún teníamos que producir. "El género" trata del planteamiento de preguntas históricas; no es un tratado programático ni metodológico. Es, sobre todo, una invitación a pensar de manera crítica sobre el modo en que se producen, utilizan y cambian los significados de los cuerpos sexuados; finalmente, eso es lo que explica su longevidad.

Los artículos que se prepararon para este foro son testimonio de la multitud de usos del concepto de género como una manera de interrogar la historia. Insisten en la importancia del contexto —temporal, geográfico, político, ideológico— para entender los análisis que ha posibilitado. Basadas en los textos trabajados no puede hablarse de una caracterización única. No se trata de ver cómo los y las historiadoras en distintos países y periodos, y provenientes de ellos, aplicaron de modo correcto o incorrecto alguna idea original del género. Como señala Heidi Tinsman, "lo que conforma una categoría útil para el análisis feminista es un asunto de geopolítica más que una actualización epistemológica". Es decir, las preguntas sobre el género sólo pueden formularse y responderse en contextos específicos. Estos artículos muestran de forma evidente que el género no es un concepto universalmente aplicable con parámetros ni referentes fijos; al igual que "clase", es más útil cuando señala el camino hacia investigaciones de significados específicas, trátase de relaciones sociales o de proclamas retóricas. No existe un "lenguaje del género" cuyo valor pueda extraerse de sus usos con el fin de medir su impacto al mejor estilo de las ciencias sociales; sólo existen usos diversos cuyos significados hay que leer, y todo lo que estas lecturas pueden ofrecer es un conocimiento más profundo de la historia que estudiamos, sea el que fuere su periodo o tema.

Una de las cosas sorprendentes de estos artículos es su énfasis en los modos en que los y las historiadoras han considerado ideas sobre los hombres y las mujeres, lo masculino y lo femenino, para ilustrar la política en su máxima expresión: guerra, imperio, estados, naciones y nacionalismo, racismo, revolución, resistencia, comunismo y poscomunismo, conflictos partidistas y desarrollo económico. Se han invocado diversas representaciones de la masculinidad y la femineidad para movilizar a los grupos de simpatizantes, para humillar a los enemigos, para poner a grupos e individuos en su lugar. El género es, después de todo, "una manera fundamental de significar poder". Dos décadas de investigación han dejado muy claro que (para citar a "Joan Scott") "el género construye la política".

Pero de modo extraño, o quizá predecible, se plantean menos preguntas sobre las maneras en que "la política construye el género", sobre los significados cambiantes de "mujeres" (y de "hombres") y sobre las formas en que son articulados por y a través de otros conceptos que aparentemente no tienen nada que ver con el sexo (como guerra, raza, ciudadano/a, razón, espiritualidad, naturaleza o lo universal). La atención prestada al género, que surgió del campo de la historia de las mujeres, más que historizar a las "mujeres", ha trabajado con un significado fijo para la categoría y ha tomado lo que tienen en común físicamente las personas del sexo femenino como sinónimo de una entidad colectiva designada "mujeres". Se dice que el género trata sobre la relación entre mujeres y hombres, que se supone no sólo jerárquica sino invariablemente jerárquica; tal parece que los términos específicos que se emplean para describir la relación son menos importantes que la asimetría misma. Pese a la cantidad de investigaciones innovadoras sobre la sexualidad, el género —al menos en el discurso histórico— se refiere la mayoría de las veces a la diferencia sexual, a una oposición hombre/mujer permanente, al establecimiento normativo (si no es que claramente biológico) de parejas heterosexuales, incluso cuando el tema que se aborda es la homosexualidad. No es que a las mujeres no se les provea de una historia, claro que sí se les da. Se dice que las nociones sobre ellas cambian, al igual que sus experiencias; varían a lo largo del tiempo y según la clase, etnia, cultura, religión y geografía. La copiosa bibliografía que existe sobre la historia social de las mujeres está llena de distinciones importantes que insisten en la particularidad de las mujeres obreras, campesinas, lesbianas, de la época medieval, judías, afroestadounidenses, musulmanas, de ascendencia latinoamericana o de Europa oriental. Sin embargo, independientemente de cuánto se ocupen de la vida cotidiana de diversas poblaciones, estas diferencias dan por sentado una "continuidad subyacente de mujeres reales sobre cuyos cuerpos constantes danzan descripciones aéreas y cambiantes" (Riley 1988: 7). Paradójicamente, la historia de las mujeres ha mantenido a las "mujeres" fuera de la historia. El resultado es que las "mujeres" como un fenómeno natural queda reinscrito, incluso cuando afirmamos que las mujeres son construidas discursivamente. Es decir, la oposición binaria sexo/género, que definía el género como la asignación social que da significado a las diferencias sexuales biológicas, sigue en su sitio pese a una generación de estudios que ha tenido como propósito desconstruir esa oposición. (La desconstrucción insistía en que el sexo, al igual que el género, debía entenderse como un sistema de significados

atribuidos. Ninguno tenía que ver con la naturaleza, pues ambos eran producto de la cultura. El sexo no era un fenómeno transparente y adquiriría su estatus natural de modo retrospectivo, como justificación para asignar roles de género.) Mientras las "mujeres" sigan "conformando un telón de fondo para los cambiantes conceptos de género", nuestra historia seguirá dependiendo de un fundamento biológico que las feministas quieren cuestionar, al menos teóricamente (Riley 1988).

Hace dos décadas ese ya era el argumento de "*Am I That Name?*" *Feminism and the Category of "Women" in History* de Denise Riley, texto que se publicó en 1988, el mismo año que mi *Gender and the Politics of History*. Ambos libros comparten un interés parecido por el feminismo y la historia, los dos acuden a la teoría postestructuralista en busca de ayuda y cada uno dialoga con el otro. Mientras que mi libro aborda el problema del género como categoría analítica, el de Riley asume la labor de tratar a las "mujeres" del mismo modo. Riley ofrece una genealogía foucaultiana de "mujeres", término que la mayoría de las veces es tratado como una descripción transparente. Incluso cuando distingue entre "personas de sexo femenino" y "mujeres", su lectura ha sido confundida a menudo con "una especie de enfoque desde la visión de 'la mujer a través de los siglos', algo que ella específicamente deseaba evitar (Riley 1988: 7). El hecho de que esto haya ocurrido apunta a las resistencias que ha tenido la historia como disciplina al radical reto epistemológico de Foucault, y también de lo bien disciplinadas que han resultado ser las hijas supuestamente rebeldes de la historia.

Vale la pena tomar en cuenta un poco más los argumentos de Riley porque ilustran una manera de implementar la exhortación de "Joan Scott" a preguntar no sólo cómo el género construye la política, sino también cómo construye la política el género. En esa frase, la política representa algo más que relaciones de poder, pues se refiere a las influencias "externas" sobre los conceptos de mujeres y hombres, que aparentemente no tienen nada que ver con ellas y ellos; se trata, por ejemplo, de nociones del alma, lo universal o lo humano, o de la razón, la imaginación, la ciencia y el deseo. Para mí, preguntar cómo se define a las "mujeres" en relación con ideas como estas es parte del problema inconcluso de la transformación de la conciencia histórica que ahora representa el artículo "El género".

El libro de Riley se dirige a las feministas y a lo difícil que resulta para nosotras la necesidad de insistir en la identidad de "mujeres" y de rechazarla al mismo tiempo. Ella sostiene que esto no es una desventaja, sino la condición que da origen al feminismo. "No hay duda de que 'mujeres' es

una categoría inestable [...] inestabilidad que tiene un fundamento histórico y [...] el feminismo es el sitio donde se dirime sistemáticamente esa inestabilidad". No sólo se trata de que hay distintos tipos de mujeres reunidas bajo ese término, sino también de que la identidad colectiva significa cosas diferentes en momentos distintos; incluso en el nivel individual, una no siempre está consciente de "ser mujer". Riley dice que la identidad no nos llena completamente, por lo que es "inconstante y no puede proporcionar un fundamento ontológico". "El cuerpo" tampoco proporciona ese fundamento, pues es en sí mismo un concepto que debe "leerse en relación con lo demás que sea que lo sustenta y lo rodea". "Pese a su corporalidad", señala Riley, el cuerpo no es "punto de origen y ni siquiera meta: es un resultado o un efecto" (Riley 1988: 5, 2, 104, 102).

La falta de un fundamento ontológico podría sugerir la futilidad de una historia de las mujeres; algunas de las personas que critican a Riley se han quejado de que si no hay mujeres, ¿cómo es que puede existir una historia de las mujeres o, incluso, el feminismo? (véase Modleski 1991). De hecho, Riley hace de "las mujeres" el objeto de la investigación histórica; pregunta cuándo se discute la categoría y en qué términos, y señala las maneras en que, en distintos momentos históricos, se han creado distintos tipos de oportunidades para los reclamos feministas. "Acomodar a la gente bajo las etiquetas de 'hombres' y 'mujeres' es algo que también se enreda con las historias de otros conceptos, incluidos 'lo social' y 'el cuerpo', lo cual tiene repercusiones profundas para el feminismo" (p. 7). Riley muestra cómo, a principios de la Europa moderna, las nociones sobre el alma andrógina definieron un tipo de relación de "las mujeres" con la humanidad, mientras que ya en el siglo XVIII la atención que se prestó a la naturaleza y al cuerpo condujo a un énfasis creciente en la sexualidad de las mujeres. Conforme "lo social" encontró lugar entre "lo doméstico" y "lo político" en el siglo XIX, "estableció a 'las mujeres' como un nuevo tipo de colectividad sociológica" (p. 50). Además, claro está, no podían reclamarse la ciudadanía ni los derechos *políticos* de las mujeres hasta que las personas fueran definidas como sujetos políticos. No se trata sólo de que las mujeres tienen distintos tipos de posibilidades en su vida, sino de que "las mujeres" es algo diferente en cada uno de estos momentos. No existe una esencia de lo que es ser mujer (o ser hombre) que pueda proporcionar un sujeto estable para nuestras historias; sólo están las repeticiones sucesivas de una palabra que carece de referente fijo y que, por ende, no significa lo mismo.

El ensayo de Dyan Elliott demuestra esto al comentar lo escrito por Caroline Bynum y otras personas sobre la fluidez del género en la espiritualidad medieval: Cristo como madre, viragos nombradas hombres honorarios, hermanos laicos que se conformaban a la imagen de místicas. Nos dice que el discurso médico insistía en que los factores biológicos debilitaban "la estabilidad de los opuestos binarios sexuales [...] las categorías medievales de hombre y mujer surgen como constructos sumamente frágiles, como meros accidentes del calor y la humedad, que siempre amenazan con derrumbarse uno sobre otro". Pese a que esto llevó a los teólogos a insistir con más firmeza en mantener las distinciones hombre/mujer en otros espacios, puede verse que las distinciones no son las mismas que actualmente ofrecen los padres de la iglesia. Las objeciones a esas distinciones, aunque fueron muy elocuentes y valientes, no pudieron ser las mismas que plantearían las feministas hoy en día, pese a la afirmación de Elliott de que su fragilidad "anticipa de modo inquietante la desestabilización del sexo realizada por la ciencia contemporánea, tal como la presenta gente como Anne Fausto-Sterling". En la Edad Media "las mujeres" no eran "mujeres" como las concebimos ahora, lo cual tiene implicaciones importantes para la manera en que estudiamos a las mujeres y escribimos su historia. No es suficiente arrojar luz sobre la vida material en todas sus facetas. Las historias sociales de la estructura familiar, las instituciones religiosas o el intercambio económico están incompletas si no se presta atención a la pregunta de *cómo* llega a existir la colectividad llamada "mujeres", quién queda incluida en esa colectividad y cuándo se convierten su naturaleza y comportamiento en un tema importante.

Es interesante ver que se presta mucha atención a la dificultad de traducir el término "género" a lenguas en las que no existe, pero parece que no hay ningún problema con "mujeres". Esto ocurre porque se toma el género como una categoría conceptual, mientras que "mujeres" se considera un término descriptivo. No obstante, "El género" (el artículo) en realidad presenta "mujeres" y "hombres" como categorías conceptuales; rechaza la idea de que esas dos palabras describen de manera transparente objetos (o cuerpos) permanentes y, en cambio, pregunta cómo son pensados esos cuerpos. Supone, con Foucault, que los cuerpos están "totalmente marcados por la historia" y que "nada en el hombre, ni siquiera su cuerpo, es suficientemente estable para servir como base para autorreconocerse o para entender a otros hombres" (Foucault 1977: 148). Riley desarrolla este punto al referirse a los cuerpos de las mujeres, reconocidamente diferentes:

necesitaríamos afirmar que las mujeres sólo ocasionalmente habitan la persona distintiva de las mujeres, por decirlo así, y esto es una función de las categorizaciones históricas, así como de una fenomenología diaria e individual. Decir esto de ningún modo significa negar que, debido a los aspectos cíclicos de la fisiología de las personas de sexo femenino, muchas de ellas pueden entrar y salir inadvertidamente de la conciencia del cuerpo, en un grado general mayor. Pero incluso esto siempre estará sujeto a diferentes interpretaciones y lo que realmente mantiene unidos los cuerpos de las mujeres no es nada más radical que los hechos de una fisiología intermitente [...]. El cuerpo se vuelve visible como cuerpo, y como cuerpo de mujer, sólo bajo una mirada específica, incluida la de la política (Riley 1988: 105-6).

La política feminista fue la que presentó a "las mujeres" como objeto de investigación histórica. Sin embargo, irónicamente, el proyecto de crear un sujeto para el feminismo contemporáneo (una colectividad activa que protestaba, hacía valer sus derechos y buscaba emanciparse de la opresión) tendía a desdibujar las líneas de la diferencia, fueran temporales, culturales o sociales. Se esperaba que "el género" historizara y relativizara a las mujeres y que las concibiera como parte integral de la historia, no sólo como agentes sino como "mujeres". El punto era que el tema actual del feminismo (nuestra colectividad) no podía proyectarse retrospectiva ni lateralmente. El feminismo mundial es una unidad imaginaria, una visión política, no una entidad que preexista a su articulación. "El género" sugería que teníamos que problematizar la noción misma de cómo era que habíamos llegado a pensar sobre nosotras como lo hacíamos. No era evidente por sí mismo que las mujeres eran conscientes de ellas como "mujeres" y tampoco era nada claro que "nuestro cuerpo" "nos" definía. No existía una "falsa conciencia" sobre lo que significaba ser mujer (aunque despertar la conciencia era una técnica de movilización). Más bien se hacían llamados a intereses y experiencias específicas que, en ese momento concreto, se organizaron bajo el signo de "las mujeres". Las preguntas eran: ¿cómo y cuándo ocurrió, y en qué condiciones? Para entender el feminismo (en sus manifestaciones tanto históricas como actuales), una tenía que pensar en él como una intervención estratégica en un conjunto de discursos que no se restringían a las "mujeres".

Aunque se expresó un enorme interés por el problema de si "género", agregado a "mujeres" o sustituyendo el término (en títulos de libros y en programas de cursos), debilitaría los reclamos feministas, "género" de hecho marcó un compromiso más profundo con la historia tanto de las mujeres como de "las mujeres". Yo planteo que ninguna historia de las mujeres está completa sin una historia de "las mujeres". "El género" fue un llamado a trastocar la influencia poderosa de la biología al permitir que se interrogaran todos los

aspectos de la identidad sexuada, incluida la cuestión de si hombre/ mujer y masculino/ femenino eran el contraste que se invocaba. Riley nos recuerda que la insistencia en la fijeza de esa oposición (en la "verdad" esencial de la diferencia sexual) es ella misma producto de una historia determinada y no algo que debamos considerar neutro. No hay duda de que las jerarquías tripartitas que invoca Dyan Elliott sugieren que había (y hay) más términos que los opuestos binarios para pensar en la manera en que el género y la sexualidad han sido imaginados y vividos.

Joanne Meyerowitz escribe en su contribución a este foro que cuando yo "cuestionaba la vitalidad continuada del término 'género' en la edición de 1999 de *Gender and the Politics of History* me "movía en direcciones nuevas". Eso no es totalmente correcto. Tampoco que en *Parité*, mi libro sobre el movimiento feminista francés, me centré "menos en el lenguaje de la diferencia sexual y más en el del universalismo en la Francia contemporánea" (Scott 2005: 10). Actualmente me interesa el asunto de cómo se conciben las diferencias entre los sexos y cuáles son los efectos de esa construcción, ya sea que el objeto de análisis lo constituya el universalismo francés, los movimientos feministas o la política del velo. Es cierto que en 1999 me preocupaba el hecho de que el género había "perdido su agudeza crítica" y, en consecuencia, su capacidad para problematizar materiales históricos. En vez de preguntar cómo y en qué términos se construían las diferencias, se refería cada vez más a una oposición inmutable, que se daba por sentada, entre hombres y mujeres. Según el *American Heritage Dictionary*, la distinción naturaleza/ cultura que se hace entre sexo y género no correspondía al uso común: género se había vuelto sinónimo de sexo o de la diferencia entre los sexos. El mismo lenguaje que debía analizarse se estaba usando para reinscribir el cuerpo biológico como el terreno sobre el que se construía el género. La pregunta era y es: ¿cómo podemos trastocar esa asociación fija en la historia que escribimos?

Quizá lo que ahora necesita problematizarse es la diferencia sexual para que el género pueda quedar libre y realice su labor crítica. Para lograr esto me ha sido útil acudir a la teoría psicoanalítica; no a sus articulaciones conservadoras (que han sido usadas, entre otras cosas, para apuntalar la familia heterosexual como la clave de las psiques normales y las culturas estables), sino a las partes en que aborda las dificultades que se asocian con el establecimiento de las fronteras y significados de las identidades sexuadas. Por un lado, "el conocimiento psíquico de la diferencia sexual [...] es

algo que no se puede ignorar" (Weed 2007: 6). Por otra parte, no se sabe a ciencia cierta qué significa. Sus significados se presentan en los ámbitos de la fantasía individual y el mito colectivo, y no necesariamente están en sincronía entre ellos ni determinan las maneras en que los sujetos se relacionan con la masculinidad o la femineidad (asumiéndola, rehusándola, rechazando la brecha que las separa). El psicoanálisis no ve que exista una correspondencia necesaria entre las posiciones psíquicas de la masculinidad y la femineidad y un cuerpo físico; efectivamente, es "el cuerpo el que viene a representar la realización psíquica de la diferencia sexual y no al revés" (Weed 2007). La teoría no propone una definición fija de lo masculino/femenino ni de las diferencias entre ellos; más bien se requiere un análisis para llegar a su significado.

Claro que el análisis tiene el propósito de dejar al descubierto los significados idiosincráticos que desarrollan las psiques individuales, pero estos no se forjan independientemente del conocimiento consciente de las categorías normativas y su aplicación. Por otra parte, las categorías normativas tampoco son simples declaraciones racionales de una identificación deseable; son intentos de eliminar la confusión psíquica generada por la diferencia sexual con el fin de alinear la fantasía individual con el mito cultural y la organización social. Yo sostendría que el género es el estudio de la relación (en torno a la sexualidad) entre lo normativo y lo psíquico, el intento de colectivizar la fantasía y al mismo tiempo usarla para algún fin político o social, sin importar que ese fin sea la construcción de una nación o la estructura familiar. Mientras tanto, es el género el que produce significados para el sexo y la diferencia sexual, no el sexo el que determina los significados del género. Si es así, entonces (como han insistido algunas feministas durante mucho tiempo) no sólo no hay distinción entre sexo y género, sino que el género es la clave del sexo. Y si es así, entonces el género es una categoría útil para el análisis histórico porque requiere que historicemos las maneras en que han sido concebidos el sexo y la diferencia sexual.

El "lenguaje del género" no puede codificarse en diccionarios y sus significados tampoco pueden suponerse ni traducirse fácilmente. No se reduce a una cantidad conocida de lo masculino o lo femenino, del hombre o la mujer. Precisamente son los significados específicos lo que es necesario extraer de los materiales históricos que examinamos. El género sigue siendo una categoría útil para el análisis histórico cuando es una pregunta abierta sobre la manera en que se establecen esos significados, lo que denotan y en qué contextos lo hacen. Quizá, después de todo, los signos de interrogación

que tuve que quitar de ese título en el artículo de la *AHR* sí debieron haberse quedado allí, aunque nada más fuera para recordarnos que el género mismo es una pregunta que sólo puede llegar a contestarse poco a poco a través de las investigaciones de los y las estudiosas, entre ellas, los y las historiadoras ●

Traducción: Julia Constantino

Bibliografía

- Foucault, Michel, 1977, "Nietzsche, Genealogy, History", en Donald F. Bouchard y Sherry Simon (comp. y trad.), *Language, Counter-Memory, Practice: Selected Essays and Interviews*, Cornell University Press, Ithaca, N.Y.
- Modleski, Tania, 1991, *Feminism without Women: Culture and Criticism in a "Postfeminist" Age*, Routledge, Nueva York, 1991.
- Riley, Denise, 1988, "Am I That Name?" *Feminism and the Category of "Women" in History*, Macmillan Press, Londres.
- Scott Wallach, Joan, 2005, *Parité! Sexual Equality and the Crisis of French Universalism*, University of Chicago Press, Chicago.
- Scott Wallach, Joan, 2008, *Género e historia*, trad. Consol Vilà I. Boadas, FCE/UNAM, México, D. F.
- Weed, Elizabeth, 2007, "Joan W. Scott's Useful Category of Analysis", ponencia presentada en el congreso "In Terms of Gender", Center for 21st Century Studies, Universidad de Wisconsin, 4 y 5 de mayo.
- Zemon Davis, Natalie, 1976, "'Women's History' in Transition: The European Case", *Feminist Studies*, vol. 3, núm 3-4.